

TEMES

La élite del poder en los Estados Unidos de América

Bernat Muniesa Brito

A la salut del meu amic Santiago Riera

*“La élite del poder USA, como las de todas las Naciones, no es Sociedad: es simplemente Oligarquía Económica más Estado”
(Charles Wright Mills, Poder, Política y Pueblo)*

El complejo financiero-militar-industrial

Al finalizar su mandato presidencial, en 1960, el general Dwight D. Eisenhower, “héroe” de la Segunda Guerra Mundial e individuo profundamente conservador, sorprendió a la opinión pública al afirmar que la gestión política, en los Estados Unidos, “*es hoy muy difícil, pues está condicionada por el entramado de intereses del complejo militar-industrial*”. La muerte del presidente Franklyn D. Roosevelt

(1945) y el victorioso final de los aliados en aquella contienda (1939-1945) contra los totalitarismos fascistas crearon unas nuevas condiciones para una rápida reacción de la *élite del poder* económico y su consiguiente reorganización, tras el periodo de acoso sufrido por el *New Deal*. El despliegue patriotero-inquisitorial del *macarthysmo* y de su Tribunal de Actividades Antinorteamericanas bajo las presidencias sucesivas del demócrata Harry S. Truman y del mismo general Eisenhower —del Partido Republicano— fue una gran operación quirúrgica destinada a destruir la herencia de Roosevelt y sus políticas del *New Deal*, que la *élite del poder* consideraba “procomunistas”, cuando en realidad se trataba de una gestión socialdemócrata. El poderoso banquero Morgan, viejo patriarca de la dinastía financiera que lleva su nombre, en sus lujosas residencias urbanas y rurales, prohibía, mediante un aviso bien visible, citar el nombre de Roosevelt, catalizador entonces de todos sus odios. No entendía, el viejo oligarca, que, en realidad, las políticas económicas y sociales de Roosevelt estaban destinadas a salvar el sistema capitalista-liberal, golpeado desde la crisis destructora de 1929, y que, por tanto, Roosevelt actuaba a su servicio y que no era más que un eficaz y, si se quiere, un inteligente fontanero. La Administración norteamericana fue purgada de miles de funcionarios “sospechosos” de izquierdismo; los sindicatos, definitivamente diezmados, y los intelectuales y artistas contestatarios, perseguidos sin tregua, unos sometidos al ostracismo y otros obligados a exiliarse. Cualquier mínimo intento político posterior de recuperar el “espíritu *rooseveltiano*”, un capitalismo reformista —repito— de raíces keynesianas, siempre destinado a apuntalar el sistema en su versión *fordista*, fue liquidado de forma drástica: los asesinatos de los hermanos Kennedy (John y Robert, miembros de un clan elitista y, por tanto, “tránsfugas” para los sectores más duros de esa élite), que intentaban promover el proyecto de la Nueva Frontera, y las presiones insuperables contra Lyndon B. Johnson y su ilusoria *Gran Sociedad*, orientada a fomentar las bases de una seguridad social pública y gratuita, disuelta con la presidencia de Eisenhower.

La *élite del poder*, ya en los años sesenta del siglo xx, domesticó definitivamente a las instancias políticas y, desde entonces, los presidentes norteamericanos —Richard M. Nixon fue el primero de la camada— han estado al servicio *exclusivo* de aquella *élite*, o bien, como en los casos de los

inocuos James E. Carter y William S. Clinton, convenientemente controlados para impedirles materializar sus vagos proyectos de reforma social. Hablar de ella no es hacer “antinorteamericanismo”, como hablar de los nazis no era hacer “antigermanismo”, pues la *élite del poder norteamericano no es*, ni representa, la diversificada sociedad norteamericana, ni tampoco refleja su pluralista cultura: ésta está al margen y vive absolutamente fuera del juego de los avatares cotidianos, como cualquier oligarquía a lo largo de la historia, desde los tiempos lejanísimos de China, Persia y Egipto.

Mas, ¿qué es la *élite del poder* norteamericano? Tendremos, pues, que radiografiarla.

Instancias y funciones en la élite del poder

Durante los postreros años cincuenta (siglo xx), en el curso de una recuperación intelectual producida después del alud *macarthysta*, surgió una nueva generación de intelectuales y de estudiosos, especialmente en el campo de la sociología, que se ocuparon de analizar la “nueva sociedad norteamericana” nacida de la Segunda Guerra Mundial: fueron, entre otros, Charles Wright Mills (*La élite del poder*, FCE, México DF, 1964), Vance Packard (*Los trepadores de la pirámide* y *Los persuasores*, ambos también del FCE, México DF, 1962, 1967), David Riessman (*La muchedumbre solitaria*, Alianza, Madrid, 1987) y, poco después, el economista John K. Galbraith (antiguo asesor de los Kennedy y profesor en Harvard), el cual no dejaría de profundizar en el tema hasta su último libro, *La cultura de la satisfacción* (Ariel, Barcelona, 1998). Eran los tiempos en que, mientras se producía la matanza de los estudiantes de la Universidad de Berkeley, en California, perpetrada por la policía del gobernador Ronald Reagan, el escritor Norman Mailer afirmaba que “*el sueño americano es una pesadilla inventada por los desvergonzados del poder con el apoyo de una clase media mediocre y alienada que les vota*”. En la misma tendencia crítica ejercieron los economistas marxistas Paul Sweezy y Paul Baran, y más adelante el filólogo libertario Noam Chomsky y otros intelectuales posteriores (el sociólogo Norman Birnbaum, el economista James Petras, etc.), quienes denunciaron —y denuncian— la omnipotencia de aquella

trama de poderosos intereses financieros e industriales. Todos ellos constituyen una imprescindible fuente para el inicio de cualquier intento de analizar la *élite del poder USA*.

La *élite del poder USA*, el “*complejo militar-industrial*” citado por Eisenhower, está integrada por diversas instancias:

En la cúpula de la pirámide, se hallan instaladas las *dinastías económicas históricas*, los Ford, Vanderbilt, Morgan, Carnegie, Dupont de Nemours, Rockefeller, Hunt, etc., es decir, las *doscientas familias*, “los de siempre”: de ellos, el periodista estadounidense Albert Jay Nock, en 1883, escribió que “*si en los Estados Unidos la riqueza la han de crear personajes de esa ralea, será pernicioso y lamentable para el país: mejor sería que no fuese así*”. Y añadía que su moral es la “*moral del saqueador*” y su ideología, la “*ideología del depredador*” (véase Arthur Herman, *La idea de decadencia en la historia occidental*, Andrés Bello, 1997). Las formidables empresas y compañías de la *dinastía económica histórica* son de propiedad familiar (corporaciones financieras e industriales) y no participan normalmente en los espacios financieros de la especulación bursátil (Wright Mills les llamaba los “*protagonistas y beneficiarios históricos del Gran Robo*”).

Justo debajo de ese grupo, en la pirámide del poder se encuentra hoy instalada la “nueva clase”, intuida y anticipada en 1941 por el sociólogo, ex trotskista, James Burnham (*La revolución de los managers*, FCE, México DF, 1947): los *managers* o los “*trepadores de la pirámide*” (Vance Packard *dixit*), es decir, los directivos y/o ejecutivos de las grandes corporaciones industriales con acciones que naturalmente sí concurren a la Bolsa (TEXACO, ENRON... y centenares de ellas). En esas corporaciones, ellos mismos son, de hecho, los verdaderos amos, pues se adjudican paquetes de acciones decisivos y son finalmente los propietarios-accionistas mayoritarios, con salarios gigantescos autoconcedidos. Son también los inventores de nuevas formas de autoapropiación fundadas en la “contabilidad creativa”, esto es, en los fraudes contables masivamente descubiertos en los últimos años realizados con la complicidad de compañías auditoras como Arthur Andersen; fraudes tan exagerados que incluso podían poner en riesgo al resto de un sistema fundado ya, *naturalmente*, sobre el fraude y el robo. (Serían, siguiendo siempre a

Wright Mills, una especie de “forasteros” o advenedizos, “*protagonistas, empero, de una nueva camada beneficiaria del Gran Robo*”).

La tercera instancia son los “*señores de la guerra*” (Charles Wright Mills *dixit*), elemento fundamental del aparato del Estado, o sea, el Pentágono, la *cúpula militar*: el culto al “héroe militar” ha estado, de hecho, siempre instalado en la cultura oficialista norteamericana; culto iniciado con el mito del estúpido general Custer, tan cultivado por Hollywood (Raoul Walsh, John Ford, etc.). Hoy, ese culto es un rasgo absolutamente dominante en el ámbito de la cultura de masas —culto que se exporta al exterior— y sus “servicios”, los “servicios” del “héroe”, un diseñador de asesinatos masivos cuya criminalidad siempre queda impune, son generosamente recompensados; por ejemplo, con importantes cargos en los consejos de administración de las grandes corporaciones de la élite económica, y también en la esfera política. Son una simple muestra de ellos personajes como Alexander Haig (general partícipe en el genocidio vietnamita) y su colega Colin Powell (destacado jefe en las operaciones genocidas de Irak, en 1991, y que hoy sigue en ese frente bélico con otro cargo): el primero fue secretario de Estado y el segundo lo ha sido en el primer mandato de George W. Bush; son individuos responsables, por tanto, de la política exterior de los Estados Unidos. (Según Wright Mills, se trata, refiriéndose a los “señores de la guerra”, de los “*protectores del Gran Robo*”).

Finalmente, en el cuarto nivel está hoy la *política* con sus aparatos estatales. Chomsky les denomina el “*directorío político*” y/o los “*gestores de los Grandes Ladrones*”: se trata del eslabón más débil y degradado de la pirámide, pero “necesario” para mantener la ficción en que se ha convertido la democracia liberal norteamericana, en la que la *élite económica* vive al margen, es decir, a cubierto de las tendencias de los votos y en las antípodas de los avatares que sufre el resto de la población.

Habría otro nivel, muy ligado a las instancias económicas: se trata de los *mass media* y de las “celebridades” o los “famosos”; los “creadores de opinión pública” y los mitos de referencia y mediáticos que Packard ya definió como los “*persuasores*”. Su función es fundamental para la reproducción del sistema: fabricar “realidades” alienantes que impidan o dificulten el acceso a la verdad.

Bajo la máscara de la política: el verdadero poder

Las *dinastías económicas* y la *casta de los ejecutivos* son las instancias con influencia decisiva sobre la “producción de políticas” que realizan los gobiernos y las cámaras legislativas que se suceden en los ciclos electorales: políticas que son desplegadas según sus intereses y mediante un entramado laberíntico de comisiones senatoriales, *lobbys*, reuniones secretas, citas en los campos de golf y fiestas privadas... Fuera de los niveles más o menos ideológicos relacionados con facetas calvinianas, social-darwinianas, neoconservadoras y/o neoliberales, ultracristianas o pro sionistas, Galbraith nos ha explicado que el sector económico de la *élite del poder* se mueve, hoy “*más que nunca*”, en el nivel del estricto “*afán de lucro*”: el beneficio cuantioso, rápido y fácil. Estos grupos económicos y sus sectas intelectuales (por ejemplo, la Trilateral, el grupo Carlyle, la Heritage Foundation, el Hudson Institute, la New American Century, el Hoover Institute, etc., etc., conectados con otras sectas similares de otras naciones, casi siempre fundaciones) no tienen hoy por hoy, desaparecido el obstáculo que representaba la URSS y el bloque llamado *comunista*, ningún otro proyecto más que el de *reproducir sus intereses* y su poder a cualquier nivel: nacional, internacional y, en definitiva, universal. “*Que nadie* —advierte Galbraith— *espere nada más*”: ni control de armamentos, ni tribunales penales internacionales, ni programas anticontaminación o ecologistas, ni sostenibilidades (salvo la suya), ni perspectivas de acabar con la pobreza o las enfermedades (que son el resultado, precisamente, de la explotación que ejercen de formas diversas sus propias corporaciones multinacionales), ni el más mínimo apoyo a nada que signifique intentar solucionar cualquiera de los graves problemas del planeta, causados, como digo, en gran dosis, por su extrema voracidad. Reuniones, citas, encuentros, foros, congresos, simposios y “pomposios”, los que quieran aquéllos que los reclaman; acuerdos y conclusiones, ninguno, pues ellos, la *élite del poder USA*, son finalmente decisivos, y son, en efecto, el *núcleo del mal*. Ya he afirmado que la *élite* es ajena, incluso, a los problemas sociales de la misma sociedad estadounidense, de la cual se ha *autonomizado* política, social y culturalmente. Su mirada es tan corta que “*no creen*”, por exponer un ejemplo (Galbraith *dixit*), en la paulatina destrucción del ozono

atmosférico, o bien, en última instancia, consideran que se trata de una perspectiva lejana, sin importarles un ápice que sus hijos o nietos un día expiren por no poder respirar. Son gentes sofisticadamente depredadoras y anacrónicas y, por tanto, primitivas; y su cultura se forja alrededor de los números (dinero) y de la acumulación de poder (decisión). No conocen, en cambio, las letras, excepto las que pueden cobrar. Su única ideología, al margen de los beneficios y el dominio, es, si así puede llamársele, un *nihilismo* vulgar, grosero, puro y duro: un páramo lunar.

Autodemolida —como decíamos— la URSS, aquella falsa Icaria (otro sistema oligárquico que constituía un freno a la expansión capitalista-liberal, por defender sus propios intereses, también imperialistas), ese *alien*, la *élite del poder USA*, monstruo voraz, el *extraño pasajero* del grupo humano que viaja por los espacios en esta enorme piedra llamada Tierra, hoy *lo quiere todo*. Y sus tentáculos se extienden por doquier: pretenden privatizarlo (léase *apropiárselo*) *todo* para sí y globalizar (léase *depredar* y *militarizar*) el planeta en su beneficio. Cuentan para ello con la complicidad de las oligarquías de otras naciones (élites, burguesías y socios subsidiarios); de las cúpulas dirigentes de partidos políticos que se llaman de “izquierdas” (“izquierda” al servicio del sistema, claro); de unos sindicalismos oficialistas, corrompidos, utilizados como correas de transmisión de los intereses de las élites y las oligarquías para destruir a los movimientos sociales y a los restos sobrevivientes de la cultura del trabajo. Naturalmente, disponen también de los poderosos mecanismos de sus *mass media*, los medios de intoxicación masiva.

Mantienen en estado de sumisión económica y social a centenares de países encadenados por la *deuda externa*, países a los que nunca dejarán escapar de sus miserias (con sarcasmo, a muchos de esos países les llaman *emergentes*, y a los más pobres a veces les condonan sus deudas para que se vuelvan a endeudar), pues su postración está garantizada por la corrupción de sus propios dirigentes y por instituciones fiscalizadoras de la globalización, como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio. Y por si éstas fallaran, queda el recurso de la OTAN, instrumento militarista de destrucción masiva especializado en aplastar a los pobres que osan rebelarse. Ahora, el *núcleo del mal* y sus secuaces y sicarios, nacionales e internacionales, están

afanosos en la perspectiva de privatizar —apropiarse— el ya agujerado queso del “Estado de bienestar” europeo-occidental, que esos mismos grandes poderes económicos tuvieron que aceptar después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) por temor a la expansión del comunismo: debieron ceder *un dedo* de sus privilegios a las clases trabajadoras ante el temor de perder la mano, apéndice que hoy ya están recuperando. También, conducidos por la globalización neoliberal, militarizan el planeta con sus ejércitos y policías estatales y privados; destruyen las identidades de los pueblos, conducidos hacia un destino anónimo; disuelven la diversidad cultural con presiones uniformizadoras; asesinan a personas y bombardean pueblos y ciudades; y consideran que la naturaleza no es *para* todos sino que *es* de ellos, pues todo, según el *núcleo de mal*, es mercancía y todo es, por tanto, “gobernado” por las ofertas y las demandas de un mercado de evidente tendencia monopolizadora, que ellos y sus aliados llaman *mercado libre autorregulado*, que nunca ha existido (véase Karl Polanyi, *La gran transformación*, FCE, Madrid-México DF, 2003) porque está controlado mediante aquella milagrosa *mano invisible* anunciada por su profeta Adam Smith en *La riqueza de las naciones*, que no es otra cosa que su *propia mano*, es decir, la *mano de la élite del poder*, esto es, la *mano del Gran Ladrón*. Cuando ya lo posea todo, ¿este *alien* antropófago qué hará? Se autodevorará en un planeta ya devastado.

Hoy, la virulencia del monstruo globalizador se ha exacerbado en función de su enorme poder militar, pues uno de los fundamentos de su economía es la producción de armas, especialmente de armas de destrucción masiva, fabricadas para utilizar directamente o para venderlas (a su antiguo socio Sadam Hussein, por ejemplo, para que gaseara a iraníes y kurdos).

Productores de guerras y forjadores de dictadores

En las elecciones del año 2000, la *élite del poder* promovió en los Estados Unidos un golpe de Estado “blando”: impidió que el moderado, pero sospechoso ecologista (¿?) Al Gore ganase la Presidencia e instaló un títere, miembro, sin embargo, del “clan Bush” (más de un cuarto de siglo en las instancias del poder político y energético) y de la “secta Carlyle”.

Después, el nebuloso episodio —igual que los asesinatos de los Kennedy, Lee Harvey Oswald, Jack Ruby, Martin Luther King, o la provocación del golfo de Tonkin en Vietnam...— de las Torres Gemelas ha permitido a George W. Bush y a sus colaboradores, a los que eufemísticamente los *mass media* llaman *neoconservadores* (los Perle, Wolfowitz, Ascroft, Rumsfeld, Cheney, Kagan, Rice y *cía.*), progresar hacia un *totalitarismo blanqueado* o *fascismo postmoderno*, tan *light* él, en cuyo ámbito la ya de por sí inofensiva democracia liberal se ha convertido finalmente en un acto electoral vacío; sostenido, sin embargo, por el segmento social que representa lo más mediocre, ignorante, domesticado y egoísta de la clase media norteamericana, y por las corrientes de opinión inventadas por los *persuasores* y las *celebridades* del sistema, maquilladores y cirujanos mediáticos que realizan su demoledora labor sobre un cuerpo social ya estragado por la presión consumista: con sus mentiras, con la ocultación de información y con sus espectáculos-basura cierran el círculo totalizador del poder. Esto, *USA hacia adentro*.

La *totalización* también se proyecta *USA hacia afuera*. La versatilidad y el cosmopolitismo de los intereses de la *élite del poder o núcleo del mal* se reflejan en la *aparentemente errática* política exterior; “*pragmática*”, según decía en su tiempo el *capo* postmoderno Karl Popper y mantiene hoy su *gang* intelectual —André Gluksman, Mario Vargas Llosa, Bernard Henri-Levy, etc., etc. Esta política exterior desplegada por los gobiernos del *núcleo del mal* explica por qué los tiranos de Marruecos, Guinea Ecuatorial, Pakistán, Arabia Saudí y de muchos otros lugares son hoy “amigos” (como antes lo fueron Reza Pahlevi, Franco, Trujillo, Stroessner, Mobutu, Duvalier, Batista, Somoza, Castillo Armas, Pinochet, o los generales griegos, argentinos, centroamericanos, brasileños y uruguayos...); y explica por qué Fujimori, Noriega, Suharto, Sadam Hussein y otros (también Osama Ben Laden) fueron antaño, no hace demasiado tiempo, aliados, “benefactores” y, desde luego, “amigos”, y por qué después se convirtieron en “criminales”: la *élite del poder USA*, el *núcleo del mal*, los fabrica y los utiliza, y luego, desde los años noventa (siglo xx), una vez exprimidas y aprovechadas en beneficio propio sus brutalidades, los convierte en los *ejes del mal*. Todos son hijos suyos. Son, de hecho, ellos mismos.

La instrumentalización de Sadam Hussein ha sido especialmente escandalosa. Le incitaron, apoyaron y ayudaron en la guerra contra Irán, en 1980, para destruir la revolución islamista, y de ese modo el dictador iraquí pudo utilizar armamento químico y/o biológico contra el pueblo iraní. En 1986, Estados Unidos fue el único país que votó contra una Resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que condenaba el uso de aquellos materiales de destrucción masiva, empleados por Sadam Hussein también contra la población kurda del norte de Irak: en la campaña de febrero-septiembre de 1988, cuando murieron más de cien mil kurdos —campaña realizada con el consentimiento de Washington, tanto bajo la presidencia de Ronald Regan como de la de George S. Bush—, un alto militar del Estado Mayor, el general Sheldon Watts, un hombre sincero, afirmó (véase el trabajo *Lo que hay tras la guerra de Irak: los datos básicos*, realizado por el equipo Grupo de Investigación en Economía Política, y publicado en el volumen 55, n° 1, de la *Monthly Review*, mayo de 2003; artículo que se puede encontrar también en *La segunda Guerra del Golfo: Irak 2003*, Editorial Hacer, Barcelona, 2004; asimismo, véase Antoni Segura, *Señores y vasallos del siglo XXI*, Alianza, Madrid, 2004) que “utilizar gases o armamento biológico sólo es otra forma de matar gente y ganar guerras: ¡qué más da si son muertos por metralla o por gases!”. Washington puso a disposición de Sadam Hussein información de sus satélites espaciales militares y le proporcionó cantidades enormes de material bélico: por ejemplo, helicópteros para “regar” los cultivos agrícolas iraníes con materiales químicos y de guerra biológica (el ántrax), materiales fabricados por la corporación multinacional norteamericana Down Chemicals (1988), que después cobró a Bagdad las facturas correspondientes.

En los Estados Unidos funciona una *Escuela de las Américas*. Hace ya muchos años que es una especie de “Universidad de la Muerte y la Tortura”, donde militares norteamericanos enseñaban —y enseñan— métodos de “trabajo” a los genocidas latinoamericanos: de allí salieron los *Escuadrones de la Muerte* (inspirados por un asesino llamado Negroponte, hoy virrey en Irak) que desplegaron el terror en Centroamérica (Guatemala, El Salvador, Honduras); lo mismo que la *Contra nicaragüense* y los paramilitares colombianos que siembran el terror entre los campesinos y que ahora también rondan Venezuela para destruir al molesto Hugo Chávez.

De allí han salido camadas de “graduados”, “diplomados”, “licenciados” y “doctorados” en el *asesinato selectivo* —especialidad en que los servicios secretos de Israel constituyen una temible referencia— y en el *genocidio* contra los pueblos. La última generación doctorada son los torturadores que experimentan en el campo de concentración de Guantánamo y en las prisiones de Irak. Estos asesinos son también “hijos” de la *élite del poder*. Son una prolongación de ella misma, el brazo terrorista del *núcleo del mal*.

Este *alien*, el extraño y temible pasajero para las personas y los pueblos del planeta que es la *élite del poder USA*, tiene clones en otras naciones; mantiene guaridas mafiosas, como los “paraísos fiscales”, donde oculta sus fortunas; bloquea económicamente a países como Cuba, Irán, Serbia-Montenegro y otros con el objetivo de asfixiarlos; está ansiosa e impaciente por experimentar la capacidad de destrucción masiva de las armas que fabrica (desde el clásico napalm que arrasó Vietnam a la bomba con uranio empobrecido utilizada profusamente en las guerras balcánicas de los años noventa del siglo xx, pasando por esa sutileza que es la mina antipersona y otros muchos más ingenios mortíferos). Ahora, su voracidad apetece ansiosa el petróleo iraquí y ya hace unos años que le tienta el gas natural que subyace en las tierras de Asia central (la operación Tercera Guerra de Afganistán tiene ese objetivo: se trata del eventual oleoducto que habría de cruzar aquel territorio para transportar material energético hacia el Pacífico). En otro plano, desea destruir la “competitiva” y rival Unión Europea; inutiliza, si no puede instrumentalizarla, la maltrecha institución de las Naciones Unidas; avala las brutalidades y el terrorismo de los gobiernos de Israel (al que alimenta nuclearmente); programa “torturas reglamentadas” a los prisioneros de sus múltiples guerras; mimó a políticos europeos como su secuaz Tony Blair, el sicario Silvio Berlusconi y el felizmente expulsado “pinchavvas fascistoide” español José María Aznar; y coloca, en definitiva, a sus poderosos *mass media* al servicio de intelectuales mediocres como el famoso *finis-history* Francis Fukuyama y la *vedette* de temporada Samuel Huntington, inventor de una “lucha de civilizaciones” —¡“civilizaciones”, les llama!— que complace los instintos y los afanes más belicistas y bárbaros de la élite, y a los sectores que piensan ya en vender sus armas de destrucción más o menos masiva para lo que sería una ¡guerra de los mil años!

Frente a tanta barbarie cabe preguntarse si en la sociedad de los Estados Unidos queda todavía la vitalidad imprescindible para destruir ese tumor que gangrena el planeta, pues parece que nadie más puede hacerlo por ahora. La solución no parece que pueda hallarse ya en una representación política como el Partido Demócrata, fumigado tiempo ha; un recambio que cumpliría simplemente una de las *leyes de la política*: pendular entre el mal mayor y el mal menor, sosteniendo siempre al verdadero poder que ellos mismos gestionan, es decir, avalar al viejo Proudhon, quien ya advirtió en 1850 que “*la política es una máscara*”. Como decía Maquiavelo, el agudo escribiente florentino, “*el león sólo caza de una manera; la raposa, en cambio, utiliza mil ardides*”. Mas, esta raposa no es hoy cualquier raposa: su dimensión es descomunal y sus garras y colmillos supuran veneno.